

# *El Perú ja ja o je je*

JUAN CARLOS VELA ALTAMIRANO\*

## I

*El Perú ja ja* suena a nombre de obra de teatro. Pero la risa no muere con la bajada del telón. La función continúa en otro nivel, se va rumiando en la mente del espectador, casi casi en el inconsciente, haciendo su trabajo de forma subterránea en los túneles de la conciencia. Es el teatro y su potencial liberador, su puesta al servicio de causas que van más allá de los diálogos y la puesta en escena. Y *El Perú ja ja*, una obra con semejante nombre, no solo suena rimbombante sino también llorosa y penosa, una invitación a la toma de conciencia desde el descalabro, una válvula de escape al caos gobernante, un intento de sanación del alma cuando el cuerpo no parece dar para más.

Pero *El Perú ja ja* es una extrapolación de *La felicidad ja ja*, libro de cuentos de Bryce Echenique. Y Bryce Echenique es una extrapolación del humor del espíritu humano que sabe del absurdo y la estupidez del mundo, y que no encuentra mejor pararrayos vital que el humor.

Bryce, tantas veces Bryce, hasta cuando refiere la frase «dándole pena a la tristeza», parece no perder la candidez ni picardía de su humor. Bryce, que vive por el mundo y que siempre vuelve al Perú, sabe que no quiere y que no puede renunciar a su condición de peruano. Que si así lo hiciera, sería como renunciar al pararrayos vital de su humor en el que ha crecido, y del que seguro echa mano para la escritura de sus antimemorias antes que de sus memorias.

¿Por qué Bryce escribe como escribe? ¿Hubiera desarrollado esa escritura oral que tiene de haber nacido en otro país? Preguntas van, respuestas vienen. Sí, no, sí pero no, no pero sí. En fin. El hecho es que el Perú ha provocado y provoca humor político del bueno. Sea con Alejandro Toledo, Alberto Fujimori o Alan García y sus antecesores, el modo cierto de desnudar las cosas ha sido el humor político del periodismo escrito. V. g.: cuando una comisión investigadora del Congreso cae en el pantano de averiguar el quórum de cinco, y se llevan páginas enteras de periódicos y horas de radio y televisión en llegar a tan difícil resolución, la reacción no es otra que el sarcasmo y la sensación de asco.

Ante semejantes espectáculos, si no fuera por el humor político que desenmascara el absurdo y la estupidez, el Perú sería insufrible e insoportable. Sin su auxilio, el gris de la política sería el sanseacabó del ánimo nacional cuando la suerte parece ya echada. Como en la Francia de Rabelais, el olfato del humorista político tiene en el pincel la tarea de exorcizar a la política peruana del desgano y el asco campeantes.

Junto con satirizar e ironizar, está la posibilidad de desacreditar políticamente a los actores de la comedia nacional. Y si el humor político forma parte de una corriente de opinión, su potencial es todavía mayor por las referencias extratextuales, intertextuales e intratextuales que la caricatura exige en el lector informado. Supone, pues, un lector capaz de deconstruir el plano del contenido aparente de la caricatura y construir el plano del contenido real. Este tipo de lector puede saltarse el contenido del periódico y seguir el curso del país con tan solo revisar la sección de humor político.

*El Perú ja ja* se extrapola a la televisión basura y aparece entonces en su versión más insufrible, causándole sarcasmo a la sátira. A diferencia de los periódicos, en la televisión prima la simple chacota o burla antes que la sátira o humor político. El desdibujamiento de la realidad es tal que la risa no puede ser llamada risa; disfraza un vacío y una soledad internas, que el maquillaje pasajero de la pura chacota termina en desrealidad, pena y desazón.

Aparece, pues, *El Perú ja ja* como una gran obra teatral; como la gran puesta en escena de un drama que es vivido de distintos modos, desde la reflexividad o la irreflexividad. Da tanto pena como risa, llanto como rabia, situaciones encontradas de un Perú que camina a tientas en el más

oscuro de los humores... ¿Humor negro el del destino peruano?

## II

Indisolublemente vigentes el instinto y la razón, así como el sexo y la sexualidad, no hace falta ser liberal o conservador, blanco o negro, cholo o mulato, para saber o intuir que el fútbol nos arrastra cual grupo primitivo en una corredera desesperada provistos de hachas, raederas y cuchillos. Ahí están los famosos «macheteros» del fútbol peruano, aquellos que son más fuerza que técnica, aquellos que serían más sexo que sexualidad. Al final de cuentas, lo que vale es el orgasmo del gol. Por el lado de la técnica y de la sexualidad —por no decir sensualidad— han aparecido los llamados metrosexuales, que van desde el internacional Beckham hasta el nacional Pizarro. Atrás viene Guerrero, con apellido bélico, buena técnica y sobreesfuerzos de metrosexual.

Corren juntos jugadores y afición. La técnica está al servicio del buen toque, de la buena jugada, del gol maestro. Para el caso, dicen que la técnica peruana es la del vals, la del juego lindo; pero que, en términos de erotización, viene por detrás de la zamba y hasta del valle-nato, que se baila pegaditos, con los ojos cerrados y en una sola baldosa. Esta erotización tribal del cuerpo a cuerpo, del roce, de los codazos y patadas disimuladas, del insulto provocador y escu-pitajos al *grass*, se acompaña de las tensiones y gritos de las graderías, de la desesperación e impotencia frente al televisor, de las ansiedades y tragos cantineros. La tribu está en el *grass*, en las graderías, frente a los televisores y ante un vaso de chela. Todos esperan el gol, cazar la presa. Todos detrás del balón, peleándose por él, y empujándose y agrediendo muy a pesar de la normatividad del deporte rey.

Normatividad futbolística y racionalidad «fútbolera» tienen una difícil convivencia que se sobrelleva a punto de amarillas y rojas. El número y color de la tarjeta dicen de la reincidencia y del grado de la falta. La roja casi siempre es por juego brusco. Su color encarnado, como el de la bandera peruana, dice algo acaso del estado ensangrentado en que terminan los choques tribales, en los que tanto la derrota como la victoria saben a sexo, pero no siempre a sexualidad. Depende de si se trata de una derrota, un empate o un triunfo. Depende de lo que se esté jugando, si un amistoso o la posibilidad de seguir soñando con un campeonato mundial; con una cama de dos plazas y media y ya no con el colchoncito de una plaza de los últimos veintitrés años del fútbol nacional.

Todo esto en noventa minutos de juego. Después, el disfrute continúa como cuando el sexo. Se aplacan sequedades, se mitigan apetitos, se sienten vacíos o lle-nuras plenas, se repiten las explosiones sensitivas, se muere y se nace. Este es el tiempo en que veintiocho millones de personas suelen sentirse desanimadamente peruanos al unísono, embargados por una misma frustración. Todo esto al margen de ser o no aficionado, porque la tribalidad necesita de gestas y logros colectivos que la mantengan en el tiempo. Y la ruda naturaleza del fútbol ofrece a los países la oportunidad de sentir la nacionalidad, y a los peruanos de sentir la peruanidad, aun por encima de los problemas y barreras que nos dividen, y de la corrupción e incomunicación que nos tribalizan. Lástima que la peruanidad no alcance ni el estadio de la tribalidad. ■